LENGUAJES DOBLES

JORDI SOLE TURA

La ruptura interna de la coalición de Convergència i Unió en la votación sobre la reforma interna del Senado y la serie de declaraciones alarmistas de destacados dirigentes del P.N.V. sobre el discurso del Rey en la Pascua Militar, el derecho de autodeterminación, las Fuerzas Armadas y la Guardia Civil muestran las dificultades que tienen los partidos nacionalistas o regionalistas para moverse en un sistema político como el nuestro que aunque no se llame federal cada vez tenderá más a funcionar con una lógica federal.

No es una buena noticia para nadie.Un Estado como el nuestro sólo puede funcionar bien si cumple algunas condiciones. Entre ellas hay dos esenciales. La primera es que exista una cooperación efectiva entre todos los centros de poder , el central,los autonómicos y los locales,lo cual exige que todos ellos sean fuertes y sólidos para que puedan cooperar con garantías en un mismo proyecto global.La segunda es que exista un sistema de partidos con una visión global del Estado y una implantación real -- aunque no necesariamente igual -- en el conjunto del país y que aseguren unas políticas válidas para todo el conjunto, dentro de la diversidad,las singularidades y los pluralismos propios de una sociedad como la nuestra.Estas condiciones sólo se dan parcialmente en España y,en todo caso,los partidos que reúnen estas características no pueden sumarse para

formar mayorías.Los partidos de ámbito más reducido,como son normalmente los partidos nacionalistas y regionalistas, tienen muchas dificultades para cumplir este papel y viven en una contradicción permanente :por su implantación reducida dificilmente pueden representar y gobernar un Estado que va más allá de su ámbito propio pero -- a menos que sean grupos meramente testimoniales -- tampoco se pueden encerrar en este ámbito porque se aíslan de los grandes flujos políticos y económicos y acaban marginados en la discusión y la solución de las cuestiones esenciales. Este ha sido siempre el problema principal e irresuelto del nacionalismo catalán,hasta nuestros días. Y aunque se busquen fórmulas intermedias,como la actual de estar y no estar al mismo tiempo, de apoyar al PSOE pero sin comprometerse en el gobierno, estas fórmulas acaban siendo víctimas de su propia ambigüedad,como se ha visto en la citada votación del Senado.

En el caso del nacionalismo vasco,atravesado siempre por una fuerte matriz carlista,las cosas han sido más simples y más complicadas, a la vez. Más simples porque el nacionalismo vasco nunca ha pensado seriamente en participar en la gobernación directa del Estado. Más complicadas porque este mismo nacionalismo siempre ha querido tener una relación de tú a tú con el gobierno central, es decir, de poder a poder, sabiendo que son dos poderes de dimensiones muy diferentes.

Lo que sí tienen en común ambos nacionalismos, cuando se trata de fuerzas importantes y serias, como C.i.U. y el P.N.V.,es que aunque a veces proclaman como objetivo la independencia saben que no sólo es inviable sino que sería una catástrofe económica,

social y política para todos, empezando por Euskadi y Cataluña. Por eso intentan resolver la contradicción permanente en que se encuentran con un mecanismo sencillo pero eficaz: la constante referencia a un enemigo exterior que acecha continuamente y contra el cual hay que actuar formando una piña en torno a los líderes de la respectiva fortaleza asediada. Durante muchos años, y muy especialmente bajo las dos dictaduras militares que hemos padecido en este siglo, el enemigo exterior no era ninguna invención sino una terrible e implacable realidad. Por eso todas las fuerzas democráticas, coincidían en una misma lucha y unos mismos objetivos. Pero tras la aprobación de la Constitución de 1978, que cambió el sistema de arriba a abajo, y tras el acelerado proceso que nos ha llevado en pocos años de ser uno de los Estados más centralistas a ser uno de los más descentralizados, el enemigo exterior se diluye y para mantener la tensión los nacionalistas tienen que reinventarlo cada día. Esto es lo que están haciendo últimamente los dirigentes del P.N.V. Por sus declaraciones parece como si el Estado actual fuese el mismo de hace veinte, treinta o cuarenta años.Más todavía: para mantener su posición necesitan tener enfrente otro nacionalismo, y a poder ser, el viejo nacionalismo español de las glorias imperiales que negaba a tiros el pluralismo real de nuestra sociedad. Por eso lanzan sus dardos polémicos y si alguien los recoge y entra al trapo ya tienen materia para confirmar que el viejo nacionalismo acecha y que hay que mantener bien alta la vigilancia. Por eso hay que tomarse las cosas con calma, siguiendo el sabio principio de que en la polémica se entra cuando uno quiere, no cuando quieren los otros.

Personalmente, la experiencia me ha enseñado a ser muy relativista en estas cuestiones,sobre todo después de haber pasado por la dirección de un ministerio.Recuerdo,por ejemplo,que cuando se decidió trasladar el "Guernica" de Picasso al Centro de Arte Reina Sofía un destacado diputado del P.N.V. me formuló una pregunta parlamentaria exigiendo que el "Guernica" se instalase definitivamente en Guernica.Unos minutos antes de iniciar la pregunta en el Congreso me vino a ver y me dijo:"Ministro, no se te ocurra decirme que sí.¡Vaya embolado me meterías! ".Eso no le impidió,luego, despacharse a gusto contra mi y contra el gobierno en general por nuestro centralismo y nuestro nacionalismo españolista, hasta terminar su intervención con un grito en euskera exigiendo el"Guernica" en Guernica. Ante mi asombro se justificó diciéndome que tenía que entender la situación en Euskadi, que esto obliga a decir cosas que no se dirían fuera, etc. Y así quedó el asunto. Hubo otros, de la misma índole pero con uno basta para ilustrar lo que quiero decir.

El problema es que no es cierto que se pueda usar un lenguaje dentro del propio ámbito y otro fuera,como hacen tranquilamente estos dirigentes nacionalistas. Estos ámbitos ya no son cerrados porque la sociedad no lo es ,porque la intercomunicación es cada vez mayor,porque hay en ellos otras fuerzas políticas, como el socialismo, mayoritario en todas las elecciones generales en Cataluña y miembro de un gobierno de coalición con el P.N.V. en Euskadi, y porque los propios nacionalistas no pueden continuar paralizados por la contradicción de seguir manteniendo la tesis del enemigo exterior y decidir si establecen con él unas relaciones que

pueden dar estabilidad al conjunto del país o precipitarlo en la crisis.

Con un gobierno que no cuenta con mayoría absoluta y en una situación económica y social que exige mano segura y firme no caben los lenguajes dobles ni los espacios cerrados.Está claro que la actual ofensiva dialéctica del P.N.V. tiene como objetivo rehacer su mayoría nacionalista y su unidad interna en las próximas elecciones al Parlamento vasco,reabsorbiendo o triturando a Eusko Alkartasuna y colocándose en la mejor posición para hacerse con los sectores que vayan abandonando el radicalismo independentista.Los demás partidos también se sitúan ante la contienda, y en el caso del PSOE-EE con la idea muy precisa de impedir la división artificial entre vascos y no vascos a la que tienden los nacionalistas.

Esta es, efectivamente la batalla interna.Pero sus efectos y sus connotaciones no se limitan a Euskadi. En el resto del país hay mucho desconcierto ante una situación política en la que parece que la estabilidad y las posibilidades de superar la crisis dependen del apoyo de unos nacionalismos que sólo piensan en si mismos y sólo miran hacia la propia casa. Esto genera inquietudes e incomprensiones que hay que disipar con paciencia,tenacidad e información clara. Cada exabrupto,cada explosión de doble lenguaje incide en todo esto, aumenta la inquietud, tensa las cuerdas y, en definitiva,destruye confianzas y hace el caldo gordo a los partidarios del cuanto peor,tanto mejor.

Implicar a estos nacionalismos en la gobernación directa o indirecta del Estado o,por lo menos, en la solución de sus

principales problemas,es una tarea muy importante,transcendental incluso.Más todavía: estoy convencido de que la construcción de una nueva Europa unida y próspera será imposible si no somos capaces de integrar a las minorías nacionales y a sus expresiones políticas en el conjunto de un sistema plural por definición.Pero ni en Europa ni en nuestro país es fácil comprender esto desde otros sectores y otros ámbitos geográficos y culturales.Cada exabrupto dialéctico, aunque vaya destinado al uso doméstico, es un paso atrás en esta comprensión y,por consiguiente, un paso atrás en la necesaria convivencia y en lo que ahora tanto se proclama y que tanto se olvida en la práctica:la solidaridad. ¿Y no es esto, la convivencia pacífica y la solidaridad, lo que conviene y beneficia a todos, incluyendo naturalmente a Cataluña y a Euskadi?

Le Pair.

Fait par fax
le 12.1.94